

Vida doméstica en Cuba durante los años 50

ANA VERA *, MONA ROSENDHAL ** Y AISNARA PERERA

RESUMEN

El artículo presenta los resultados de un estudio exploratorio realizado en la localidad habanera de Bejucal en 1997, como parte de las investigaciones sobre historia de la familia en Cuba que realiza el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, de La Habana. En él se pretende caracterizar las costumbres familiares de los diversos grupos sociales y demostrar la idoneidad de las fuentes orales para reconstruir el pasado reciente.

Además de fuentes orales (en su mayoría mujeres de más de sesenta años descendientes de familias oriundas del lugar y residentes en la localidad), se utilizaron fuentes hemerográficas y documentales locales, libros del registro civil (años 1950-1958) y datos del censo nacional de población y viviendas de 1953,

ABSTRACT

The article shows the results of an exploratory study carried out in the Havana locality of Bejucal in the year 1997. It is part of a research work about family history in Cuba which is being conducted by the «Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello» in Havana. The objectives of the investigation are to characterize family customs of various social groups and to show the validity of oral sources in the reconstruction of recent past.

In addition to oral sources (mostly women over sixty years old and descendants from families native to that place or residents in the locality) other sources were used such as local documental and hemerographic sources, civil register records (years 1950-1958) data from the 1953 national housing and population census to complement and verify the oral information.

* Instituto Juan Marinello, La Habana.

** Suecia.

para complementar y verificar la información oral. El cuestionario aplicado a 21 personas abordó los temas trabajo, economía doméstica, composición del grupo doméstico, costumbres matrimoniales y recreación. Se verificó la existencia de tres categorías de familias de acuerdo con el ingreso individual del entrevistado, la composición familiar y la responsabilidad sobre las tareas domésticas, que determinaban costumbres diferenciadas. En cuanto a las condiciones de vida familiares, se comprobó lo dicho por otros autores que han abordado el tema, que el relativo despegue económico de los años 50 favoreció a los acomodados y a la clase media, pero contribuyó a empeorar la vida de los pobres.

PALABRAS CLAVE

Cuba-Historia contemporánea - Etapa prerrevolucionaria, Grupos sociales, Familia, Economía Doméstica, Costumbres, Fuentes orales.

The questionnaire was applied to 21 persons. It dealt with subjects such as labor, domestic economy and composition of the domestic group, marriage customs and recreation. The existence of three categories of families was verified in agreement with the individual income of the interviewees, family composition and the accomplishment of domestic task. These determined differentiated customs. Regarding family life conditions, it has been demonstrated what has been previously stated by other authors who have dealt with this subject. The relative economic take off of the fifties favored the higher and the middle classes as well but it contributed to worsen the conditions of the poor.

KEY WORDS

Cuba-Contemporary History - Revolutionary Period, Social Groups, Family, Household, Customs, Oral sources.

El mundo familiar que se representa en este trabajo es fruto de un estudio exploratorio realizado en la localidad habanera de Bejucal. El interés general del experimento consistió en poner a prueba la conocida capacidad de las fuentes orales para obtener información original acerca del universo familiar del pasado, en las condiciones actuales de Cuba, así como precisar empíricamente las variables que definen la vida doméstica, teniendo en cuenta la casi total ausencia de estudios de historia de la familia en Cuba.

La plataforma teórica que lo sustenta se nutre de conceptos y procedimientos validados por diversas disciplinas afines a la ciencia histórica, en particular por la historia oral. La elección de la etapa obedece a la necesidad de definir la situación existente en la década inmediatamente anterior al inicio de los cambios revolucionarios, un momento en que se mantenía la continuidad con procesos precedentes y sobre el cual es posible aún encontrar testigos excepcionales.

La labor preparatoria incorporó a un grupo de alumnos de nivel superior. La casi totalidad de las entrevistas, transcripciones y el análisis del material resultante fueron realizados durante los meses de junio, julio y agosto de 1997. El presente artículo es la síntesis de otro más extenso, próximo a aparecer ¹.

ECONOMÍA LOCAL

Bejucal se halla en el hinterland habanero, una región cuya evolución funcional ² en lo político, lo económico y lo social es todavía objeto de debate entre los regionalistas cubanos, muchos de los cuales hablan de «las Habanas», término en el cual engloban a las dos provincias que conforman actualmente la antigua región histórica de La Habana, de perfiles imprecisos a consecuencia del peso específico de la capital.

Desde su fundación en 1714 recibió el título de ciudad, destinada al asentamiento de familias blancas; el promotor del proyecto fue el militar castellano Juan Núñez de Castilla, propietario de molinos de rapé y promotor del estanco del tabaco, a quien en agradecimiento se le concedió el título de marqués. Era una de las nueve villas habaneras existentes en 1800 según el testimonio de Antonio del Valle Hernández, demógrafo de origen español asentado en Cuba durante aquella época ³. Su primera producción masiva fue precisamente el tabaco, aunque poco a poco —como la totalidad de las zonas próximas a la capital— éste fue siendo desplazado por productos destinados al mercado habanero.

Según las cifras del censo nacional de población y viviendas realizado en 1953, el municipio estaba dividido en 6 barrios, cuatro urbanos y dos rurales. Había un total de 363 fincas, productoras de unas 2 000 arrobas de viandas, frutas y otros productos como maíz y frijoles. El 33% del territorio se dedicaba a caña de azúcar y había crías de puercos, aves de corral y ganado vacuno, y ciertos productores locales cultivaban papa, aguacate y frutas para la exportación.

¹ «Estructura social y costumbres familiares (Un ensayo sobre la vida doméstica en los años cincuenta)», en colaboración con la antropóloga sueca Mona Rosendhal y la historiadora bejucaleña Aisara Perera (En proceso editorial).

² Consideramos la «funcionalidad» según el criterio de Pierre Dumolard citado por la geógrafa María Aguiar en: «Un enfoque geográfico en la investigación cultural: relación cultura-hombre-naturaleza y regionalización», *Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, Informe de Investigación*, 1996 (Inédito).

³ Ver, al respecto, su *Sucinta noticia de la situación presente en esta colonia*, publicada y prologada por Juan Pérez de la Riva, Editorial de Ciencias Sociales, Habana, 1977.

Hasta 1940 la ciudad permaneció estancada en el barrio antiguo; existían bohíos en áreas aledañas al centro, y conservaba la fama de «pueblo de peninsulares» según la prensa bejucaleña. A partir de entonces se intensifica la emigración del campo a la ciudad como parte del proceso de agravamiento de la crisis estructural de la economía cubana, característico de la época ⁴. La escasez de viviendas favoreció la parcelación de fincas para fomentar el crecimiento urbano; aparecieron ocho nuevos repartos donde proliferaron «residencias de lujo», según la terminología grandilocuente de un periodista local, empeñado en magnificar los progresos de su patria local. Las imágenes de tales residencias no concuerdan con la expectativa de ver reproducidos los barrios elegantes de la capital, inevitable parámetro de comparación. Una de aquellas fincas «en un abrir y cerrar de ojos fue vendida y fabricada» ⁵. Los nuevos residenciales propiciaron la pavimentación y prolongación de la red vial urbana, aunque su trazado no rectilíneo patentiza el deseo de exclusividad de los propietarios.

El crecimiento de la parte urbana se evidencia al comparar las cifras de viviendas y habitantes por unidad familiar entre 1918 y 1953. En 1918 existían 1.118 viviendas y 7.732 habitantes, para un promedio de 6,9 habitantes por grupo familiar; en 1953 la población había aumentado a 11.206 habitantes y las viviendas llegaban a 2.831, lo cual indica un promedio de 4 personas por grupo familiar. Del total de casas, sólo 394 aparecen censadas en área rural, donde residía el 14,5% de la población del municipio.

El segundo gobierno de Fulgencio Batista (1952-1958), propició la aparición de numerosos comercios: bodegas, tiendas mixtas, puestos de frutas, bares, cafés, expendios de carne, restaurantes, establecimientos de venta de calzado y ropa masculina y femenina, así como algunas escuelas de enseñanza básica e incluso una nueva sucursal bancaria. Se desarrollaron también nuevas industrias, creadoras de una ilusión de progreso económico: talleres de confecciones textiles, fábricas de muebles, de calzado, que absorbieron parte de la fuerza de trabajo desempleada por el progresivo traslado hacia la ciudad de La Habana de los talleres de despalillo, donde trabajaba una fuerte masa femenina. Los obreros y obreras tabacaleros de Bejucal que emigraron a la capital, llegaron a constituir un elevado porciento de la

⁴ Ver: Carlos DEL TORO, *Algunos aspectos económicos, sociales y políticos del movimiento obrero cubano (1933-1958)*, Habana, Editorial Arte y Literatura, 1974, pp. 17-80

⁵ *Revista Heraldo bejucaleño*, 15 junio 1953, p. 105

fuerza laboral capitalina y un elemento activo en las luchas sindicales del sector ⁶.

La fuente de trabajo principal en Bejucal era la agricultura y en segundo lugar las obras públicas. Para las despalilladoras que por sus condiciones familiares no se desplazaron con sus talleres, quedó el ripeo a domicilio, muy mal pagado, actividad en la cual participaba toda la familia ⁷.

En cuanto a otros indicadores de las condiciones de vida urbanas, Bejucal no contaba entonces con centro telefónico y debía utilizar el de Santiago de las Vegas, un poblado cercano. La inauguración en 1943 del acueducto municipal —una conquista atribuida al alcalde auténtico de la época— regularizó el servicio de agua, antes siempre deficitario, y la ampliación del alumbrado eléctrico contribuyó a mejorar el panorama de la vida social.

El ferrocarril, en un pueblo que había gozado del privilegio de tener en 1837 el primero de Cuba y uno de los primeros en América, no fue por mucho tiempo un factor determinante en el desarrollo económico, sin embargo, en los años 50 continuaba siendo un dinamizador y una importante vía de enlace, con doce salidas diarias, seis hacia La Habana y seis hacia el puerto sureño de Batabanó, y la estación era un centro de reunión para la juventud amante de las tertulias literarias.

Para el historiador y demógrafo cubano Juan Pérez de la Riva, la ciudad fue un fracaso como aventura económica ⁸, refiriéndose al tabaco en particular ⁹. Sin embargo, no puede decirse lo mismo acerca del orgullo local de sus ciudadanos. En nuestro criterio, el origen ilustre ha funcionado históricamente como factor cohesionador en lo político, lo social y lo mental, es decir, como un rasgo distintivo de la identidad local y por lo tanto, de la cultura de los bejucaleños.

Precisamente esta fue una de ¹⁰ las razones que determinaron su elección para el estudio. En su condición de cabecera municipal, Bejucal ad-

⁶ Sobre la situación general del movimiento tabacalero en la época, de Jean STUBBS: *Tabaco en la periferia. El complejo agro-industrial cubano y su movimiento obrero 1860-1959*, Habana, Ciencias Sociales, 1989, pp. 151 y ss.

⁷ Ripeo proviene de ripear, desmenuzar. En el léxico de los tabaqueros se designa con esta palabra al acto de desmenuzar manualmente las hojas de tabaco de peor calidad, para preparar la picadura de los cigarrillos.

⁸ «La división territorial y la conquista del espacio cubano. Períodos colonial y neocolonial 1511-1953» (Manuscrito Sala Cubana Biblioteca Nacional José Martí, 1974).

⁹ Ver Azucena ESTRADA: «Una interpretación actual de las luchas de los vegueros» (En proceso editorial).

¹⁰ El resumen de los datos sociodemográficos de los entrevistados puede consultarse en el anexo 1.

ministraba en 1953 un área de 75 Km², contaba con un núcleo de población antigua importante, cuyos descendientes residen aún en la zona y mantienen vivo el espíritu de sus mayores. El factor arraigo, así como el de género, que suele determinar un interés más marcado por los asuntos de la vida doméstica —aunque los hombres aportan importante información complementaria sobre la inserción de la familia en la comunidad— fueron definitorios en la elección de los informantes.

LA SOCIEDAD BEJUCALEÑA EN LAS FUENTES ORALES

El análisis de los testimonios orales hizo patente la existencia de tres categorías de personas, claramente delimitadas de acuerdo con el oficio (suyo y el de su pareja o el cabeza de familia), las propiedades que refieren haber tenido, y el ingreso mensual del sujeto entrevistado, el grado de instrucción, la raza, y el tipo de matrimonio, factores fundamentales para diferenciar las costumbres.

Para analizar las diferencias sociales en la localidad, se valoraron conceptos propuestos en tres trabajos de corte sociológico realizados durante la época republicana: un informe de la Comisión de Asuntos Cubanos del Senado norteamericano, realizado en 1935, *Problemas de la nueva Cuba*, una investigación dirigida por el especialista norteamericano Lowry Nelson y publicada bajo el título *Rural Cuba*, y un artículo de Carlos Rafael Rodríguez, «Las clases sociales y la Revolución», ambos de los años cincuenta ¹¹.

En un informe sobre los obreros agrícolas, realizado por la Agrupación Católica Universitaria (ACU) ¹² por aquellos años, se destaca la abismal diferencia entre el nivel de vida en La Habana y en el resto de las provincias:

La ciudad de La Habana está viviendo una época de extraordinaria prosperidad, mientras que en el campo, y especialmente los trabajadores agrícolas están viviendo en condiciones de estancamiento, miseria y desesperación difíciles de creer.

Definitivamente se seleccionó la denominación utilizada por la Comisión de Asuntos Cubanos con ligeras modificaciones: se considera pobres a

¹¹ Respectivamente: Comisión de Asuntos Cubanos: *Problemas de la nueva Cuba* (New York, Foreign Policy Association, 1935, Nelson Lowry: *Rural Cuba* (Minneapolis, Univ. Of Minnesota Press, 1950) y Carlos Rafael Rodríguez, incluido en el volumen *Cuba en el tránsito al socialismo*, Habana, Editora Política, 1979.

¹² Agrupación Católica Universitaria, «Encuesta de los trabajadores rurales 1956-57» en revista *Economía y Desarrollo* (Habana), nº 12, (1972), p. 91.

los que ganaban entre 10 y 50 pesos, medios (entre 60 y 120 pesos) y acomodados (entre 130 y 600 o más), una clasificación sencilla y adaptada a las características de la información disponible.

El concepto de familia utilizado es el mismo del Censo de población y viviendas de 1981: «grupo de dos o más personas, integrantes de un mismo núcleo censal», y núcleo censal es la «persona o grupo de ellas, con o sin vínculo de parentesco, que tienen un presupuesto común, cocinan para el conjunto y conviven de forma habitual, ocupando una vivienda o parte de ella»¹³.

Considerando la extraordinaria diversidad de la familia cubana, atribuible al contraste entre tradición y modernidad, hemos definido el tipo de familia de cada informante como nuclear o extendida, según haya sido la composición del grupo familiar en que residía durante los años 50. Entendemos por nucleares a aquellos donde habitaban sólo padres e hijos solteros y extendidos a todas las demás variantes de grupos familiares donde existía *corresidencia de padres e hijos con otros parientes y/o no parientes*.

La información más difícil de obtener fue la relativa al grupo acomodado, debido a que su descendencia ha desaparecido o vive en el exterior. Logramos suplir la carencia con testimonios indirectos, con los cuales compusimos una imagen de la vida doméstica de este grupo algo más fragmentaria que en los otros casos, mejor representados.

COSTUMBRES FAMILIARES

Las costumbres implican los usos sociales asentados en el tiempo, presentan rasgos comunes dentro de un mismo sistema cultural, pero adoptan características particulares en cada grupo social. En este caso nos hemos concentrado en las costumbres vinculadas al ciclo de vida familiar¹⁴ y en las prácticas alimentarias.

Los acomodados

El ingreso individual mínimo de los informantes de este grupo oscilaba entre 130 y 600 pesos o más. El tipo de matrimonio es un indicador

¹³ Comité Estatal de Estadística :Censo de población y viviendas 1981. Provincia de La Habana, vol. 2, pp. XXXV-XXXVI.

¹⁴ Tal como lo define Salustiano del Campo: «Familia» en *Tratado de Sociología*, Madrid, Taurus, 1988, tomo 2.

bastante seguro de pertenencia clasista. El ideal burgués era el casamiento por la Iglesia, pero sólo los ricos pudieron celebrar una ceremonia religiosa con todos los requerimientos. El traje de encaje y raso blancos utilizado por una de nuestras entrevistadas, arrastraba una cola de diecinueve metros. Acompañaban a la pareja seis damas de honor. Las parejas de este grupo se caracterizaron por su estabilidad.

Además de usar el dinero para la comida y la vivienda, los acomodados compraban ropa de calidad, salían a comer en restaurantes, viajaban al extranjero, y pagaban varios empleados para el trabajo doméstico, aunque muchas veces la dueña de la casa supervisaba la preparación de alimentos.

Contamos con escasa información sobre la distribución de los gastos, pero es probable que fuera decisión del cabeza de familia. La enfermera, por ejemplo, disponía de salario propio y lo utilizaba para ropa y otros artículos de consumo personal; aparentemente era el marido quien mantenía la casa y se responsabilizaba con los gastos comunes. Al preguntarle cuánto había costado el refrigerador, respondió:

—Chica, si tú supieras, mi esposo era muy reservado conmigo en esa cuestión. Porque si yo le pregunto me dice: ¿tú lo vas a pagar? Bueno, pero debe haber costado doscientos y pico de pesos.

Cuando yo me casé tenía una nevera de botellón. Venía Quicute, el viejo nevero, y traía el bloque de hielo y me lo ponía ahí. Pero un día parece que él estaba isleño y yo también (...) no me gustó el trato que me dio, le pagué, me llevé mi bloque de hielo para la nevera y ya (...) Ese día no lo pensé mucho, me fui a la ferretería, y veo a Martínez y le digo: ven acá, chico ¿por aquí no hay ningún refrigerador que no sea muy grande? Porque nosotros somos pocos de familia. Me dijo: ven pa'cá. Me enseñó uno de ocho pies, y me dijo, mira éste ¿lo quieres? Dígole: sí.

Cuando viene mi esposo se lo digo: mira. Y me dice: ¡ah! ¿y eso? Y dígole: nada, chico, no le quise aguantar una pesadez a Quicute. Dice: ay, bueno, bueno y ¿cómo hiciste? No, yo no hice ná, el gallego Martínez dice que vayas por allá.

Fue, pagó el refrigerador y ya.

La situación en cuanto al trabajo doméstico no es la misma en todos los casos entrevistados. La esposa del ingeniero tenía varias domésticas y no se preocupaba de nada: «Yo no trabajé más después que me casé (...) Yo siempre estaba en la calle, haciendo visitas». La enfermera, sin embargo, prefería la privacidad y despidió a la pareja que vivía con ellos, tras lo cual asumió las labores de la casa. La del abogado supervisaba todo y mantenía un empleo de profesora de inglés:

Era una mujer un poco prepotente quizás, pero cuando tú la tratabas, para mí, al menos, el recuerdo que yo tengo de niña era una persona muy normal. Sí, mantenía su distancia, por ejemplo, con las empleadas, pero con la que cuidaba a N. yo nunca ví esa gran distancia, más bien yo la veía más con las cocineras (...) Yo recuerdo que le decían señora y que la respetaban. Pero ella sabía hacer de todo, incluso en la cocina.

Disponían de un menú diferente para cada día de la semana y en la tarde no repetían lo del almuerzo. Los testigos se refieren a platos no tradicionales y diversos: jamón, queso, langosta, dulces, fabada asturiana, caldo gallego, pata a la andaluza, muñeta, más caros y con productos de importación. Todos los grupos mencionan el pollo como comida del domingo pero sólo los acomodados podían tenerlo con seguridad.

Las familias ricas regalaban la ropa cuando se aburrían de ella o compraban otra. Una informante cuenta cómo la que se desechaba en su casa, era enviada para la Loma del Gobierno ¹⁵:

Nosotros reuníamos la ropa, entre mi suegra y mi concuña, la esposa de mi cuñado, reuníamos unos bultos así de grandes, los empaquetábamos en una sábana ... sin quitarle adornos y ya esa ropa tú te aburrías, porque tenías más o porque no había donde ponerla, por el hecho de que habías comprado nueva o por hacer una obra, y ¡para la Loma iba!...

Un caso diferente es el de la madre del carpintero quien, por su origen obrero, a pesar de que un premio en la lotería les permitió subir de categoría, siempre encontraba un rato para zurcir la ropa de la familia y a veces la de los vecinos, sin cobrarles nada, porque «los vecinos son como familia».

La mayor parte de las opciones recreativas eran para las familias del grupo superior. Las ofertas pueblerinas carecían de interés para ellos, les importaban sólo los viajes de placer al extranjero o las vacaciones en casas de veraneo privadas situadas en barrios exclusivos de La Habana. En aquella época la posibilidad de viajar era relativamente restringida, si la comparamos con la actualidad. La esposa del ingeniero es la única informante con esta experiencia, y cuenta sobre los viajes que hicieron a Europa ella y su esposo con amigos de la capital.

El abogado y su esposa asistían a las veladas de las grandes sociedades de instrucción y recreo habaneras. Para los jóvenes de estas familias

¹⁵ Se refiere a un barrio pobre conocido por este nombre, que se encuentra a la entrada del poblado.

había además excursiones a la playa en ómnibus alquilados con tal fin, espectáculos deportivos, bailes y recursos para fundar clubes exclusivos. Ellos no mencionan las charangas, pero al preguntarles si asistían, se pudo comprobar que, unos más, otros menos, todos estaban al tanto de los festejos populares. En una entrevista se dijo: «el 23 de diciembre (...) era un día que salía la gente de más posición aquí (...) Había gente que decía: hoy sale la gente de caché para la calle». Esa noche, después de pasear un rato, los ricos se instalaban en los portales de las sociedades de instrucción y recreo —Liceo y Casino Español— para desde allí asistir como espectadores a la fiesta tradicional.

Grupo medio

Para los de nivel medio, el hecho de vivir en grupo familiar extendido les permitía contar con una ayuda para elevar el nivel de vida, ya que esto significaba contar con varios salarios en la casa y una distribución más equitativa del trabajo doméstico. Una persona mejoró su vida de manera permanente con la venta de la finca familiar en doce mil pesos, cuyo producto se repartió entre los hermanos después de comprar una casa en la ciudad para todos; la parte que le correspondió a ella se utilizó para especular y se perdió. Sobre este punto comentó: «quise hacer negocio, y como no sabía, perdí el pan y perdí el perro», con lo cual refleja el ansia de invertir que caracterizó a este grupo, encandilado por la posibilidad de ascender socialmente.

Los ingresos —entre 60 y 130— en general cubrían los gastos de vivienda y alimentación. Varias entrevistadas hablan de la abundancia de carne —«había carne todos los días», «siempre había carne», y mencionan el menú tradicional como algo frecuente en su mesa: carne, tasajo, arroz, frijoles, viandas.

Muchos arreglaron y ampliaron sus casas en aquellos años, y adquirieron recursos como un camión para alquilar, muebles y otros bienes de uso doméstico. Los informantes de este grupo enumeran los equipos que poseen, como un símbolo del estatus alcanzado con mucho esfuerzo, a diferencia de los acomodados, para quienes estas cosas parecen ser menos importantes, pues no las mencionan. Una mujer cuyo hermano se dedicaba a la venta de equipos electrodomésticos, comentó la suerte por haber podido comprar refrigerador, televisor, fogón eléctrico, plancha, todo con rebaja, y se jactó de que en el precio «salimos bastante bien». Desde luego, tuvo que comprarlo todo, el negocio era el negocio y los familiares, como los demás clientes, tenían que pagar.

Casi independiente —o paralelo— a las ceremonias que acotan el discurrir familiar, está el trabajo doméstico, el yugo que esclaviza a la joven cuya familia con ilusión sobrellevó el noviazgo, con esfuerzo cuidó la virginidad y preparó el matrimonio, para despejar el camino a una descendencia legítima. A cambio de un matrimonio adecuado, la mujer abandona sus hábitos recreativos, sus amigos, su vida despreocupada de la juventud, e ingresa sin transición en una vida de responsabilidades donde el prestigio está dado por la dedicación a una injusta doble jornada, colmada de obligaciones que le impiden continuar disfrutando la vida a plenitud. El matrimonio legal pone fin a la juventud e impone la necesidad de buscar fuentes de ingreso dentro de la casa o en horarios alternativos, para cumplir a cabalidad la doble función.

Las mujeres de este grupo no seguían con mucho rigor la rutina semanal de los deberes domésticos. El trabajo se hace cuando se puede, a cualquier hora, y a menudo entre varias. «Nunca he sido muy ordenada —asegura una— *hacía las cosas cuando tenía deseos*». Otras, sin embargo, aceptan haberse regido por una ritual de: lavado el lunes, almidón ¹⁶ el martes o el miércoles, planchado el jueves, etc. Las más privilegiadas —como la dirigente sindical— *contaban con una madre, una hermana o una prima, o eventualmente una criada o una amiga albergada en la casa, para hacerse cargo de todo.*

El caso de mujeres de diversa edad que residen con una familia de manera temporal o permanente obedece a la forma en que el cubano concibe y organiza su vida doméstica. Quizás constituya una reminiscencia del modo de vida del hacendado esclavista, cuya esposa contaba con un tropel de esclavos domésticos ante los cuales ejercía una autoridad absoluta y muchas veces benevolente, comparable a la del capataz para los esclavos de las dotaciones en el trabajo del campo. En tal caso, la costumbre habría quedado en el grupo medio como una práctica de prestigio al mismo tiempo que como una solución práctica, para no costear los servicios de una doméstica, aunque hay que decir que no se trata de maquiavelismo puro, pues en el fondo existe un sentido de la hospitalidad que forma parte auténtica del modo de ser del cubano.

Estas familias solían vivir en casas propias o de un familiar. Sólo una pareja vivió en casas alquiladas durante los primeros años de vida matrimonial, por las cuales pagaba entre 10 y 20 pesos mensuales, de acuerdo

¹⁶ Actualmente en desuso, el almidón es un polvo de yuca rayada, cocido en agua, que se utilizaba en verano para remojar la ropa de algodón de modo que, al plancharla, quedara rígida y permitiera una mejor circulación del aire.

con las condiciones de cada una de ellas, hasta que al fin pudo comprarse una.

El noviazgo de estilo tradicional era el ideal alimentado por la imaginación femenina. El ritual se repetía siempre más o menos de la misma forma: se conocían en la calle, se frecuentaban a escondidas hasta la solicitud formal del permiso para visitar a la muchacha. Entonces comenzaba el noviazgo oficial, que autorizaba al novio a realizar visitas nocturnas dos o tres veces por semana y salidas eventuales en compañía de un o una chaperona.

El noviazgo así concebido respondía al culto de la virginidad, el valor más apreciado por la moral católica tradicional, extensivo al prestigio de la familia. Como dijo la esposa de un entrevistado, «a los novios los miraban así, como si fueran erizos, no personas», eran como enemigos, hasta que se les conocía mejor. Esa era una de las causas de la relativa longitud de los noviazgos, la necesidad de que el novio demostrara sus cualidades. La otra causa importante era el tiempo requerido para reunir los medios de vida necesarios.

Tal comportamiento coincide con el descrito por Verena Stolcke para el siglo XIX, cuando analiza el problema del honor en la mujer blanca¹⁷. La importancia atribuida al noviazgo y la virginidad varía en relación directa con la raza y la condición económica de la muchacha, y el oficio es determinante. Las mujeres de este grupo que trabajaban fuera de casa, no se empleaban de sirvientas, lavanderas, despalladoras, pero sí de costureras bordadoras o maestras; una de ellas llegó a ser —como se ha comentado arriba— dirigente obrera.

Esta última no tuvo demasiado tiempo para noviar; desposó a un hombre casado, que no tenía tiempo para perder. Ella misma se inclinaba a un noviazgo breve —tampoco era ya demasiado joven— y nos aseguró que los padres son las verdaderas víctimas de los noviazgos largos. La casi totalidad de los noviazgos descritos superó los tres años, uno llegó a nueve.

En la década del 50 hay una marcada tendencia a la emigración de los hombres jóvenes del grupo medio. Los informantes varones declararon que en Cuba entonces no había trabajo ni dinero. Uno de ellos viajó para poderse casar. Los padres de una mujer emigraron por un cambio de gobierno y mandaban dinero para los hijos, al cuidado de la abuela. El destino obligado para estos emigrantes era —como sin duda se conoce— los Estados Unidos. Aunque no todos buscaban lo mismo en el viaje. Los jóve-

¹⁷ Verena MARTÍNEZ ALIER: «Virginidad y machismo: el honor de la mujer en el siglo XIX», en Juan y Verena Martínez Alier, *Cuba: economía y sociedad*. París, Ruedo Ibérico, 1972, pp. 27-58.

nes acomodados se iban a correr la aventura. Una esposa nos dijo: «¿Que muchacha hoy en día se le va el novio pa'l Norte dos años y no sale? Al día siguiente se busca otro ... ¡Y yo estuve dos años esperándolo!».

El matrimonio es la culminación de la espera, la ocasión en la que cada cual invierte lo que tiene y lo que no. Para algunos de ellos existía la posibilidad de una boda religiosa en la casa, ante un altar improvisado con los atributos mínimos y un párroco de buena voluntad. Una mujer narra con orgullo su modesta ceremonia casera —una tradición de su familia— con vestido blanco prestado por una prima de mejor posición.

Otros se unieron en un primer momento sólo por lo civil, debido a la falta de recursos, pero entre 1953 y 1954 pudieron casarse por la Iglesia, cuando una misión franciscana visitó la ciudad e hizo ceremonias colectivas para todos aquellos que así lo desearon. Según los libros del registro civil de la localidad, en esos años se produjo un aumento notable en las cifras de matrimonios. Fue como una moda —dice la maestra de inglés: «había que casarse (...) seguir el impulso». El servicio del párroco no costaba nada, ni la ceremonia, ni era preciso un vestido blanco, pero había que tener un anillo para el cónyuge y como ella no podía, compró uno de fantasía por un peso.

Según datos de las partidas de matrimonio del registro civil de Bejucal, correspondientes a los años 1950-58 ¹⁸, el promedio anual de matrimonios en la etapa era de 114. Pero los mismos no están repartidos proporcionalmente. Los años 1950, 1953 y 1954 presentan cifras superiores a la media, como se aprecia en la tabla 1.

Tabla 1: *Total de matrimonios en la etapa*

1950	1951	1952	1953	1954	1955	1956	1957	1958
118	74	66	153	246	95	95	91	85

Las parejas del grupo suelen ser estables. En un caso cuyos padres se divorciaron después de 20 años de matrimonio, ambos continuaron viviendo en la misma casa:

Quando mi papá y ella se divorcian —después de 25 años de casados— mi papá fue para mi casa a vivir. Porque mi mamá fue una mujer no de esta época, fue de otro siglo, una gente muy superior al permitir eso (...) ellos se hablaban y todo era muy normal.

¹⁸ Libros 16 a 19.

Para ellos la separación posibilitó que la mujer recuperara la libertad perdida y reemprendiera una carrera artística que había quedado trunca; la tiranía materna, inevitable en mujeres divorciadas, era estricta, pero más manejable. Separarse en este caso no significó por lo tanto dejar de verse, sino ampliar la libertad individual y para el hombre seguir contando con las comodidades de una casa donde tenía todo resuelto. Un padre con ciertos recursos y mínimamente preocupado por los hijos, mantenía el libre acceso a la casa, aunque estuviera separado de la madre. «El no abandonó aquello nunca», dijo una segunda esposa refiriéndose a la forma en que su esposo participaba en la vida de su anterior familia.

Los informantes de este grupo no hablan de la ropa, no ostentan lo que no les sobra, aunque tampoco les falta. Sin embargo, la canastilla ocupa un lugar primordial en los proyectos de toda recién casada. La canastilla es el complicado ajuar del futuro miembro de la familia. El lujo que la madre sea capaz de desplegar en este vestuario diminuto, listo para mostrar a las visitantes en el último mes del embarazo y no antes —para no malograr la criatura— será un símbolo de estatus y reflejará la intensidad de los proyectos de vida futura. No se concebía un ajuar de canastilla *sin una cuna con lanzadera y mosquitero de pico, rosado o azul, según el caso, ribeteado de encaje*. Este artefacto costoso servía fundamentalmente de adorno, pues la verdadera protección del bebé contra los insectos era el pequeño mosquitero convencional, muy bajo, amarrado a las esquinas de la cuna por dentro del anterior.

La muerte de un familiar y la forma en que se experimentaba y llevaba el luto estaba íntimamente relacionada con el concepto de familia que tenía la persona, sobre los parentescos a considerar cercanos o no. El reconocimiento de la extensión del parentesco es una cuestión cultural, específica para cada sociedad, que tiene que ver con la costumbre y también con la incidencia del catolicismo en la vida cotidiana de la familia. A pesar de ello se han descrito macro-regiones geográficas (Europa Occidental es una de ellas, el Caribe insular es otra), donde una norma similar predomina en varios países. En cualquier caso, aunque el estudio histórico-etnológico de la familia cubana no se ha concluido, investigaciones futuras deberán corroborar un criterio que poco a poco gana espacio en cuanto a la pertenencia de Cuba a la macro-región caribeña, por el similar proceso económico que les dio origen ¹⁹.

¹⁹ Ver sobre esto, la propuesta de Manuel Moreno Fraginals: «Acerca de la identidad caribeña», en *Cuadernos Americanos* (México), no. 6 (1982), pp. 173-179.

Los velorios se celebraban en las casas, aunque ya habían aparecido las funerarias. Los menos allegados permanecían un rato para cumplir con la formalidad después de pronunciar por lo bajo la frase de condolencia formal: «te acompaño en tu sentimiento», seguida de un beso fugaz. Los familiares y vecinos más cercanos no, «esos no te dejaban con tu pena», confesó una mujer.

Era tal el rigor del luto en ciertos casos, que una de las entrevistadas contó cómo en su juventud no pudo nunca vestirse de otro color que no fuera el negro, porque se le unieron varios lutos consecutivos, por lo cual permaneció soltera, aunque aseguró —sin mucha convicción, por cierto— que nunca sintió la necesidad de casarse.

Para cerrar el ciclo de la vida y la muerte, ¿qué resta sino la vida después de la muerte? Una creencia que pocos confiesan como una experiencia personal y que sin embargo se menciona a menudo al abordar el tema de la desaparición física.

La creencia en el retorno es el eterno existir de los desaparecidos en la memoria afectiva de los que van paulatinamente ocupando los lugares vacíos en la casa familiar. El continuar viviendo en la misma casa puede contribuir a mantener viva la presencia de los que ya no están: «Yo me he quedado solo y me sigo sentando en el mismo lugar donde me sentaba de muchacho», dijo el oficinista.

Sobre el mismo asunto una mujer joven aseguró:

A mi abuelo yo sí lo vi. Cuando tenía once o doce años sí lo vi. Y no fue problema de nervios ni nada de eso. Me desperté una noche y... no tenía sueño y vi deslizándose así... como si algo... vaya, como yo le decía: abuela, en una carriola, en rueditas, no estaba en el piso, se deslizaba como una cosa blanca, así. Y cuando yo vi aquello, me horroricé y encendí la luz... y me restregué los ojos y dije: ¡ah! estoy viendo visiones. Y volví a apagar la luz y volvió a salir del mismo lugar aquello...

Salí como un cohete para donde estaba mi abuela, porque ella sabía que yo no decía mentiras delante de ella. Y entonces le conté y me dijo: no, mi'jita, él no te vino a hacer nada, vamos a poner los zapaticos en cruz, vamos a rezar y así me fui tranquilizando.

Los reflejos creados por los años de convivencia en el espacio familiar pueden contribuir a provocar esas ilusiones ópticas que, para una mente científica no son más que ilusiones ópticas, trampas de la memoria, pero que para las personas sencillas constituyen realidades palpables.

En cuanto a recreación, el televisor era un pasatiempo reservado sólo a algunos. Las formas habituales de recreación eran el teatro —una gran

tradición local— el cine, los paseos y tertulias en el parque, los bailes en las sociedades —para este grupo el Liceo y el Nuevo Liceo, y para los negros y mulatos La Fraternidad— y desde luego, la inevitable charanga como complejo festivo tradicional —uno de los mejor conservados en el país— para el cual todos se preparaban con un año de antelación. Varios informantes hablaron de la lectura, y mencionaron periódicos locales y nacionales, revistas, obras científicas y ocasionalmente novelas, aunque de éstas no recordaban el título, por lo cual se puede suponer que hay un margen de fraude en las declaraciones.

Las familias solían reunirse para «compartir» —según el término de uso común. Esto equivale a festejar cumpleaños, santos, bodas, bautizos, velorios, aniversarios familiares de toda índole, nochebuenas, etc. Las Navidades eran ocasiones muy especiales para reunirse los parientes, provenientes a menudo de lugares distantes, en torno a los ancianos. En Bejucal las Navidades tenían especial connotación festiva por coincidir con las charangas. El hecho de asistir a una u otra de las sociedades de instrucción y recreo existentes era razón suficiente para quedar connotado como miembro de un grupo u otro.

La segregación era mayor en el caso de los negros y mulatos, a quienes se distinguía no tanto por el oficio o profesión, como por el color de la piel. Dice la esposa de un acomodado:

Ellos tenían su sociedad. Yo pasaba siempre (por allí) para ir a trabajar. Yo trabajaba en Confecciones, frente a La Fraternidad. Cuando tenían fiesta cerraban (la calle) y yo cogía por la otra (calle). Pero ellos siempre dejaban una abertura en la acera. Cuando íbamos en grupo, cogíamos por allí ¡Y daban unos bailes! Con orquestas de calidad...Como los que nosotros dábamos también. Eran orquestas de La Habana, la Riverside...bueno, ese tipo de orquesta de primera. Y daban sus buenas fiestas. Yo me recuerdo...había un respeto...porque no había una gente de color que se metiera con una blanca. Porque yo era una muchacha bastante agraciada y pasaba por allí y no había un mulato que se metiera conmigo y me dijera ninguna grosería ni nada.

Quien habla era obrera antes de casarse. Ella ni siquiera concibe la posibilidad de que un negro hubiera podido decirle algún piropo; sencillamente los negros —una reminiscencia racista anclada en la época colonial— no eran considerados personas. Y no sólo esto, sino que utiliza el «nosotros» implícito en la frase «como los que nosotros dábamos también», para referirse al grupo de los acomodados, del cual excluye en bloque a los negros, connotados como «ellos», cuando dice «ellos tenían su sociedad», negándoles así toda posibilidad de ser admitidos en el grupo de los privilegiados.

Los pobres

Hay bastantes diferencias económicas entre ellos. Dos familias eran realmente muy pobres, con un ingreso de menos de treinta pesos mensuales para todo el núcleo familiar, formado por seis personas en ambos casos. La mujer más humilde declaró que no podía ni comprar fiado (a pagar a fin de mes) porque nunca tenía dinero. Las obreras ganaban un poco más. La mayoría vivía en cuartos de casas de vecindad, y si llegaban a comprar algo, era una pequeña choza de madera, con techo de guano.

La economía doméstica para ellos dependía de varios ingresos pequeños, de diferente origen, entre sueldos fijos ganados por los adultos y ciertas cantidades procuradas por los niños; eventualmente realizaban alguna actividad adicional para conseguir algo más; en varios casos apostaban a la lotería, y alguna vez recibían dinero regalado por un familiar de mejor posición.

El grupo de informantes que ubicamos en esta categoría lo conforman exclusivamente mujeres, la mayoría cabeza de familia matrifocal en aquella época. En algún momento todas trabajaron como domésticas, lavanderas u obreras, por un salario que oscilaba entre 10 y 50 pesos. Por un trabajo similar, el pago era algo mejor para las blancas. Encontramos el caso extremo de una lavandera —blanca, por cierto— a quien le llegaron a pagar sólo un peso por lavar «un bulto»²⁰ de 51 piezas.

Los pobres gastaban casi todo su dinero en comida y alquiler. Una mujer nos dijo que cuando se compraba algún corte de tela para un vestido nuevo, ayudaba a la costurera en el trabajo de la casa, para que ésta a cambio se lo hiciera gratis. Ella misma aseguró que, aunque era pobre, podía a veces comprarse ropa porque la había de diferentes precios.

Las domésticas lo pasaban mejor cuando los dueños les daban comida para llevar; era habitual que ellas comieran en la casa donde trabajaban, pero lo que ganaban apenas les alcanzaba para alimentar a la familia; la comida regalada fue lo que retuvo a una de ellas trabajando por 10 pesos mensuales durante 20 años, hasta que los últimos miembros de la familia empleadora se fueron del país en 1968.

Hoy aseguran que se alimentaban con lo mismo que la familia para la cual trabajaban, y aclaran que sin límite de cantidad; sin embargo, la memoria suele ser engañosa, y la tendencia a embellecer la autoimagen de-

²⁰ Paquete de ropa

termina ciertas edulcoraciones. Es un hecho conocido que en general el lugar donde estas mujeres tomaban sus alimentos era la cocina, al terminar de trabajar. En cuanto a la dieta, no es posible que fuera idéntica a la de los amos, en parte porque se preparaba pensando sólo en ellos, y en parte porque no tenían los mismos gustos. En puridad, las domésticas se alimentaban con los remanentes intocados de la mesa principal, reunidos antes de limpiar las ollas.

Una que trabajó para unos sirios muestra cómo se le fue adaptando el paladar, cuando nos narra:

Ellos cocinaban su comida: el kubbe, un picadillo hecho como una torta, con mucha sazón y trigo, o tabaquitos de col, arroz y trigo...

—P: ¿Y esa misma comida era la que usted llevaba a su casa? ¿Los muchachos se acostumbraron a comerla?

—¡Qué remedio nos quedaba!

Los pobres subrayan en todos los casos la importancia de la comida. Una mujer dijo «en mi casa primero ha estado la comida». Para ellas no es evidente que hubiera suficiente todos los días para satisfacerse; una nos aseguró: «pasé hambre, pero comía a veces bueno». Como lo habitual era tener poco —o no tener— aprovechaban la oportunidad cuando se presentaba: «cada vez que había una cosita buena me la comía, no la guardaba, como hay quien guarda para los sábados, los domingos».

Había casas donde, por falta de dinero para alimentar a todos los hijos, mandaban a alguno para casa de un conocido o pariente, donde se les trataba relativamente bien, a cambio de que asumieran gran parte del trabajo doméstico por el alojamiento y la comida, sin percibir salario alguno. Sin embargo, recogimos algunas expresiones de disgusto ante lo ambiguo de tal situación. Una mujer nos contó:

La niñez fue horrible. Cuando mi mamá murió me mandaron pa'la Bana, pa' casa de una familia que ni mi padre conocía. Pobrecito... (fue) por mediación de otra familia...y él pensando que allí iba (a estar mejor)... por lo menos tenía qué almorzar y qué comer, y me compraban algunas cositas, algunos trapitos, como dice uno ¿eh? Y fue más malo el remedio que la enfermedad (...). Ay, por favor, no quiero recordar eso...

Se recogieron ciertos datos sobre el trabajo de los niños, a quienes a menudo no se les pagaba. Varias de las informantes más pobres refieren haber empezado en el despalillo a los doce años, ayudando a la mamá y, paralela o alternativamente, cocinar y/o limpiar en una casa, por diez o doce pesos. «Yo me coloqué —dice una— para vestirme. Yo iba allí y lim-

piaba la casa aquella tres veces a la semana y me pagaban siete pesos al mes y con eso, yo me hice mi vestido de los quince. Yo tenía doce años...» .

Algunos aseguran que la comida era barata: «el caso es que con un peso y pico usted resolvía el día». Otra opinó algo similar:

Había veces que se amanecía sin un centavo. Y entonces mi papá iba allá a la bodega y le pedía al gallego que le fiara un poquito de azúcar, un poquito de harina, huevos y estas cosas y entonces hacía un poquito de dulce, salía en un carrito que él tenía y vendía ese dulce. Entonces él pagaba esa cuenta y volvía a coger más. Después de que pagaba, dejaba para comer. El era muy buscavida, muy bueno.

En estas declaraciones se comprueba que, aunque efectivamente había comida de todos los precios, el problema era conseguir el dinero para comprarla. Una de estas mujeres, por ejemplo, asegura que la carne de los pobres era el picadillo, el jarrete y la falda²¹. Pero ninguno de ellos podía tener pollo, «cuando había un pollito era una fiesta». Al preguntarle a una mujer si cocinaba pollo el domingo, dijo que no, que a lo sumo algún bistecito²².

Un antiguo bodeguero, interrogado también acerca de este tema, aportó numerosos datos²³. Por su forma de expresarse, llegamos a la conclusión de que los pobres compraban la comida por medidas de precio y no por cantidades; el dinero disponible —y no el hambre o la necesidad— establecía el límite a las compras; se decía, por ejemplo: dame quince centavos de picadillo, en lugar de pedir su equivalente por peso, una libra. El mismo comerciante refiere que los pobres compraban poco de cada vez y regresaban para comprar otro poco cuando conseguían dinero de nuevo: «...él llegaba con diez centavos y me decía, dame un ranchito de plátanos verdes y maduros para los negritos allá».

Como puede inferirse de la tabla de estimados de precios de la comida semanal para una persona (Anexo 3), el presupuesto de comida para una familia de cuatro personas durante el mes, con raciones consideradas normales en la actualidad, oscilaba entre poco menos de 9 pesos y un máximo de 27, si se compraban los productos de más calidad (o prestigio), incluido el pollo. Carlos del Toro calcula el gasto mensual en alimentos, para

²¹ Nombres que en Cuba se le da a la carne de menor calidad. El jarrete y la falda provienen de diversas partes del animal, el picadillo se prepara moliendo trozos de procedencia variada.

²² Modo familiar de llamarle a la lonja de carne de res frita

²³ A partir de su testimonio se confeccionó la tabla de precios que aparece en el Anexo 3.

una familia de bajos ingresos (entre 0 y 83) en 49 pesos. Los datos son interesantes, aunque no reflejan la cantidad de miembros de la familia, por lo cual una comparación con nuestros datos no sería factible.

Si comparamos nuestras cifras aproximadas con los sueldos declarados por las personas entrevistadas (es importante recalcar que se trata de sueldos individuales y calculados) se puede apreciar que los ingresos en algunos casos están por debajo de los gastos mensuales en comida, lo cual se acerca más a los datos aportados por la encuesta de la Agrupación Católica Universitaria para el sector de los obreros agrícolas, que a los de Del Toro para la población urbana más pobre. Según dicha encuesta:

El ingreso medio disponible al mes es de 45,72 pesos, pero si analizamos el histograma con las frecuencias acumuladas vemos como un 50 por ciento de nuestros entrevistados, no alcanzó tan siquiera este nivel.

¿Cómo puede sostener una familia que dispone sólo de \$ 0,25 al día por persona de los cuales dedica \$ 0,17 para su alimentación con precios muy similares a las áreas urbanas?

Sin embargo, para un mayor objetividad del juicio, no es ocioso remitirse a la crítica que hace Brian Politt a la muestra diseñada por la ACU²⁴. Lo cierto es que los pobres nunca tenían suficiente, por eso aparecen relatos como el de la despalilladora que contó cómo sus padres comían después que los hijos y cómo al padre le gustaba que sobrara algo, para estar seguro de que no se habían quedado con hambre. Una solución de prestigio para los pobres era la comida enlatada, «comíamos mucho de lata» —dice una. Quizás esto les daba la sensación de algo más refinado, aunque difícilmente más barato. En medio de una vida de múltiples privaciones, también ellos hacían lo necesario para conservar el prestigio de su familia mediante el respeto a la moral y las costumbres de origen católico, en la persona de sus mujeres. Una despalilladora nos contó con gracia el ritual de una visita del novio:

Yo les voy a hablar francamente, antes, los viejos cuidaban tanto a las hijas... José María era el que me chaperoneaba a mi (Risas) Mi papá. No quería ni que nos cogiéramos las manos...Nosotros nos sentábamos (...) él ahí y yo aquí, en dos sillones. Entonces, él se ponía así y se ponía a mirarme. A mí me daba pena hablar, imagínate que tú estés noviendo y que tengas a tu papá ahí mirándote. (El) se levantaba a las diez y ponía Radio Reloj y figúrate, mi mamá cogía y se acostaba, y él solo sentado en la sala y An-

²⁴ «Estudios acerca del nivel de vida rural en la Cuba pre-revolucionaria (un análisis crítico)», en revista *Teoría y Práctica* (Habana), N° 42-43, pp. 188-213.

drés y yo ahí. No hablábamos en toda la noche ni media palabra. A las diez de la noche era Radio Reloj y Radio Reloj, y yo le hacía así a Andrés para que se fuera. Y él se levantaba y iba hasta la puerta y volvía. Yo no podía ir ni a la puerta a despedir a Andrés, porque él no me dejaba...bueno...ya era tanta la insistencia del radio puesto, que Andrés se levantaba y se iba. Al otro día me mandaba un recado: ¡qué va! yo no soporto a tu papá chaperoneando, porque eso es demasiado, ¿por qué tu mamá no se sienta ahí? Porque todavía con tu mamá es distinta la cosa. Así nos metimos tres años.

Sobre muchos aspectos de la vida cotidiana los pobres carecen de recuerdos definidos. En cuanto al noviazgo, algunas reconocen que «no las cuidaba nadie». El estilo del noviazgo y el tipo de unión conyugal dependía no sólo del oficio y la composición del grupo familiar de residencia, de si había o no una figura masculina fuerte o, en su defecto, una madre o abuela que impusiera respeto, sino en parte también de la raza. La mayoría de los casos de consensualidad entrevistados fueron negros o mestizos. Por otra parte, sólo los blancos del grupo se casaron. Por lo civil. La celebración consistió en hacerse una foto en el estudio e irse a pasar la luna de miel en la casa. Un maestro con salario fijo, que trabajó en otra provincia porque en La Habana no había conseguido nada, pudo pagar una luna de miel en Matanzas, para conocer la ciudad; pero un trabajador agrícola, muy pobre, tuvo que contentarse con un paseo al parque de Santiago de las Vegas.

La caracterización racial de la consensualidad coincide como tendencia con datos de investigaciones sociopsicológicas posteriores a la época estudiada, los cuales arrojaron que del cien por ciento de las mujeres que residían en unión consensual en 1981, 49,9 eran negras y mulatas o mestizas, 26,1 asiáticas, y 18,4 blancas ²⁵. Una lavandera dice que ella se quería casar pero el novio no, y como estaba enamorada, se fue con él. ¿Qué se podría decir acerca de la manera caprichosa en que se delineó el destino de muchas mujeres?

Hay en este grupo menos intereses económicos en juego para decidir unirse o separarse. La pareja era más abierta y no necesariamente se unía pensando que era para toda la vida. ¿Machismo? Sí, pero también pobreza. Si había un padre o una figura masculina fuerte, la moral era estricta; el patrón de conducta se rige por el modelo que él impone. Aunque también algunas madres controlaban rígidamente la moralidad, no gozaban del mismo respaldo social que los hombres.

²⁵ DIAZ, Marelén: Uniones consensuales en Cuba, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1994. Ver Anexo, tabla 12.

Es frecuente el caso de mujeres pobres, con varios hijos, abandonadas por el marido. No se da entre nuestros entrevistados el caso de familias muy pobres donde la figura masculina haya sido estable. Aunque la unión consensual fuera frecuente en las familias de este grupo, ello no implicaba necesariamente inmoralidad. Las mujeres solían ser buenas madres y cuando quedaban solas con hijos pequeños, a menudo se mantenían largo tiempo sin compañero, por respeto a la opinión de sus mayores. Una de ellas nos contó que:

me vi sola con cuatro hijos y, lo más lindo, que estuve una pila de años sin echarme compromiso, criando a mis hijos (...) Porque mi mamá era de esas personas de antes que, mira, no le pongas padrastra a tus hijos, que mira, que patatín, que patatán, y ahí estuve hasta que crecieron y se casaron ...

Da la impresión de que los hombres carecen de sentido de la responsabilidad familiar. Aunque varios autores han demostrado la persistencia de los vínculos familiares entre esclavos de plantación ²⁶, e incluso aunque una relectura atenta de un documento muy conocido como la Autobiografía, del esclavo Juan Francisco Manzano ²⁷ permita descubrir la angustia por estar separado de la madre y la hermana, nos viene a la memoria una reflexión de Moreno Fraginals ²⁸, donde esboza una explicación al porqué de la falta de sentido de responsabilidad social de los esclavos:

El concepto burgués de familia, con su complejo mundo de relaciones jerárquicas, responde a una estructura económica que no se daba en las dotaciones esclavas donde sus miembros carecían del más elemental derecho de propiedad sobre los bienes y la esfera de producción y subsistencia venía impuesta rígida e inapelablemente. Un núcleo familiar dentro del ingenio era un cuerpo extraño naturalmente rechazado. Los esclavos no conocían de la responsabilidad económica, personal o familiar, porque carecían de economía propia. Tampoco podían saber de obligaciones sociales y familiares porque toda su actividad estaba reglamentada para la producción, le habían suprimido el tiempo libre, y después de un trabajo obsesivo de 16 ó 18 horas diarias, los minutos restantes sólo podían emplearlos en elementales funciones biológicas de sobrevivencia.

Y más adelante agrega:

²⁶ Nos referimos en particular al interesante estudio de Gloria García: *La esclavitud desde la esclavitud*, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1996, pp. 36-44.

²⁷ Escrita en la primera mitad del siglo XIX e incluida en el volumen de *Obras*, Habana, Instituto del Libro, 1972.

²⁸ *El Ingenio (Complejo económico social cubano del azúcar)*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, tomo 2, pp. 44-47.

La plantación rompe en lo posible la continuidad de las tradiciones africanas, se cimienta sobre el desgarramiento de todo nexo o unión, incluyendo la familiar, cuando ésta surge del hecho incontrolable de la procreación. Y deja como saldo individual una honda sensación de inestabilidad y discontinuidad, útiles al mantenimiento de la relación esclavista y absolutamente opuestas a lo que se exige del trabajador industrial.

Sin que ello signifique extrapolar realidades que nada tienen en común salvo que son etapas de una misma cadena evolutiva, ¿por qué no aceptar esta idea para valorar una posible respuesta hipotética para un fenómeno presente en la década del 50 de este siglo, que de este modo se explicaría como una sobrevivencia a nivel de mentalidad?

Lo cierto es que los hombres pobres —blancos y negros— eran inestables²⁹ y que todavía no tenemos una respuesta única para explicarlo. La conducta de los pobres del siglo xx puede arrastrar supervivencias de un sector mayoritario de la población, sometido a un trabajo y a unas condiciones de vida inhumanas, al menos en el Occidente de la Isla³⁰. Acerca de la irresponsabilidad familiar de su esposo, una mujer declaró: «cuando los hombres se separan de la mujer, vienen un día y te dan cuatro o cinco pesos, pero lo necesario de verdad, ellos siempre están de espaldas a eso».

Carecemos de datos aún para conocer la duración promedio de las uniones, pero podemos asegurar que la edad promedio de las personas entrevistadas al unirse entre 1931 y 1957 era de 26 años y la cantidad de hijos por pareja, de 2,6, más alto para las familias de color (4,3) que para las blancas (1,8).

Según las conclusiones de Sonia Catasús «en 1953 como promedio la mujer cubana se casó o unió por primera vez a los 22 años»³¹. Los datos no coinciden, pero pudiera hallarse una explicación con un análisis más detallado, por grupos de edades, o por regiones del país.

En cuanto a la composición de los hogares, era frecuente que la mujer atendiera también a hijos del esposo, sobrinos o hijos de alguna vecina más pobre y que los criara como propios. Esto respondía a un concepto

²⁹ Como lo señalan también los estudios sobre la familia caribeña contenidos en el cuaderno *Familia y futuro*, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1994. En particular «Situación de la familia en el Caribe», de Barry Chevannes.

³⁰ Se recomienda la lectura del interesante ensayo de Juan Pérez de la Riva: «El barracón de ingenio en la época esclavista», en *El Barracón (Esclavitud y capitalismo en Cuba)*, Barcelona, Editorial Crítica, 1975.

³¹ Sonia CATASÚS: *La nupcialidad cubana en el siglo xx*, Habana, Ciencias Sociales, 1994, p. 35.

muy arraigado de la hospitalidad y al gusto por las familias numerosas, heredado de la tradición criolla. La costumbre en muchas casas, de mantener la puerta abierta y sostenida por un gancho es señal de hospitalidad perennemente ofrecida, característica de la familia criolla y conservada en familias ampliadas, en quienes el sentido de la privacidad individual a la manera europea casi no existe.

El luto más estricto duraba nueve días, período en el cual era preciso mantener la puerta cerrada en señal de duelo. «El luto era vestirse de negro y no ir a fiestas ni a ningún lugar», asegura una mujer. Durante ese tiempo, se podía ir a la Iglesia, pero no cantar.

Los tendidos para pobres eran baratos, según expresan varios informantes, aunque no los regalaban. «Setenta pesos tuve que buscar», afirma una lavandera a quien no le alcanzó el dinero. Los había de diferentes precios, de acuerdo con la categoría del difunto; «los había de hasta ciento y pico de pesos ... de cantidad de dinero», «al pobre le cobraban menos», «yo recuerdo el entierro de la hija de ..., que hasta salieron a recoger una colecta para el entierro y no sé si fueron cuarenta y pico de pesos para la cajita». Alguna vez un político local en busca de votos para su partido, ayudaba a pagar los gastos de algún velorio. Pero hasta los más pobres rechazan la idea de caer en la categoría de pobres de solemnidad: «A los pobres el ayuntamiento les daba una caja de gratis, a los pobres de solemnidad, una caja de madera cuadrada ahí y pintada de chapapote. Se sabía que se la habían regalado, el que lo enterraban ahí era porque no tenía a nadie».

Estos consideraban tanto las fiestas religiosas como los velorios, ocasiones propicias para salir de la rutina, para recrearse. Una mujer nacida en 1918, contó cómo de niña enterarse de un velorio y salir a recoger unas flores para con ese pretexto entrar a verlo, era lo mismo; pasaba horas sentada en velorios ajenos por el mero placer del acontecimiento nuevo, y refiere que los que más le gustaban eran aquellos donde más se gritaba. Sobre el cortejo fúnebre agrega: «Ese hombre era alto y derecho y canoso ... lucía lindo allá arriba, con esos caballos... y el carro con unos cristales a los lados... era lindo lindo...». La aparente necrofilia no es más que deseo de experimentar algo diferente en una joven que nunca podía salir porque: «No había ropa, ni zapatos, ni nada para salir».

Para las familias pobres, sometidas a ocupaciones agotadoras, la rutina semanal dependía del resto de las obligaciones: «Se lavaba el lunes y se almidonaba el martes, y se planchaba —si uno podía— por el día y no por la noche. Eso si no era ropa de fuera, porque cuando mi hija estaba chica, hasta por la noche planchaba yo; me levantaba por la madrugada a

planchar cualquier día de la semana». En estas mujeres de pueblo en quienes la búsqueda de dinero era una preocupación cotidiana, de la que dependía la sobrevivencia de los hijos, el trabajo doméstico propio se mezcla con el ajeno, en una jornada de 24 horas que se multiplica según las necesidades. Y no puede haber ayuda, más que la que pueda dar una vieja madre enferma, porque en la casa no hay dinero para mantener una boca más.

Otra mujer, que trabajaba también como doméstica, cuenta que disponía sólo de los fines de semana para hacer todo el trabajo de su casa, desde que la madre quedó ciega de un pelotazo: «El domingo yo no iba a trabajar, porque lo necesitaba pa atender a los muchachos y pa preparar pa que fueran a la escuela el lunes». Las pobres, además, tenían que remendar la ropa, una de ellas «cosía y remendaba toda la de la familia».

Los de este grupo no parecen darle mucha importancia a las fiestas familiares; es evidente que se trata de un recurso para no reconocer la casi total imposibilidad de hacerlas; algunos llegan a expresarlo claramente, cuando en diversos momentos manifiestan que ese tipo de celebración no se acostumbraba en su casa. Al indagar sobre la fiesta de quince —ocasión muy especial para la tradición urbana cubana— una mujer nos respondió: «¿Celebrar? Ni los quince. Yo no tengo fotos de los quince ni nada».

Ningún pobre dio mucha información sobre la recreación, aparte de la participación en las charangas, para ellos el ápice de la diversión. Conversar con los vecinos y escuchar radio parecen ser las actividades recreativas más comunes de cada día, algo que puede hacerse sin interrumpir el trabajo. Un solo caso mencionó la lectura, una ex-despalilladora a quien cuando le preguntamos qué leía dijo que periódicos y la biblia, y que le gustaba leer sobre todo cuando estaba sola para que no la interrumpieran, porque lo hacía en voz alta: «me pongo a leer más despacio y cada vez que veo un puntico, una comita, yo hago mi paradita y todo».

A GUISA DE CIERRE

Los factores analizados no agotan toda la riqueza de la vida doméstica y sin embargo reflejan la diversidad y las costumbres que la caracterizan. Cada caso estudiado ha revelado rasgos de lo general en lo particular y el conjunto *delinea una imagen de lo que estaba ocurriendo en la esfera privada de los diferentes grupos*, una información que no hubiéramos podido obtener sin recurrir a fuentes orales, lo cual demuestra su idoneidad para indagar en esta esfera de la vida cotidiana, de la cual no queda registro escrito.

El trabajo ha revelado también las evidentes limitaciones de las fuentes orales para reconstruir los procesos en su sucesión y en todo detalle. Los fenómenos de intermitencia, transposición y otros rasgos descritos en estudios sobre la memoria ³² han puesto en evidencia la imposibilidad de sustentar cualquier investigación únicamente en fuentes orales, aunque sean las idóneas para el tema específico, porque recogen únicamente los aspectos relacionados con la experiencia personal de los testigos, minimizando el contexto familiar y social en que esta experiencia humana se desenvuelve. Sin embargo, el comparar las experiencias particulares nos ha permitido acceder a aristas del comportamiento general de las familias en la época que nos ocupa.

Las entrevistas permitieron descubrir los indicadores más significativos de las diferencias sociales y confirmaron el juicio predominante entre los historiadores, para quienes el relativo despegue económico de los años cincuenta fue a nivel global, macro-económico, mientras que la población —y no sólo la más pobre— padeció las consecuencias de una contracción que se reflejó directamente en el nivel de consumo y en el deterioro de las condiciones de vida de la mayoría y de los más pobres en particular.

BIBLIOGRAFÍA NO CITADA

- BURGUIÈRE, André et al.: (1988) *Historia de la familia*, Madrid, Alianza Editorial.
- ENCICLOPEDIA DE CUBA (1974), San Juan y Madrid, Enciclopedia y clásicos cubanos; tomo 9 (Bejucal): 248-253.
- GARCÍA MORALES, José Francisco: (1996) «Algunos momentos de la historia neocolonial en Bejucal (1940-1959)», Museo Histórico Municipal (Manuscrito).
- LUNAR, Dania: (1997) «El desarrollo urbano de Bejucal de 1901 a 1958», Museo Histórico Municipal (Manuscrito).
- MARTÍNEZ DÍAZ, Dina: (1983) *Selección de lecturas de Historia de Cuba IV*, Habana, Editorial ENSPES; tomo 1.
- PERERA, Aisnara: (1997) Biografía de un bejucalero (En proceso editorial).
- LE RIVEREND, Julio y otros: (1978) *Historia de Cuba*, Habana, Pueblo y Educación; tomo 5.
- LE RIVEREND, Julio: (1974) *Historia económica de Cuba*, Habana.
- SEGALÉN, Martine: (1980) *Mari et femme dans la société paysanne*, París, Flammarion.
- SEGRE, Roberto: (1990) *Lectura crítica del entorno cubano*, Habana, Ed. Letras Cubanas.
- STOLCKE, Verena: (1992) *Racismo y sexualidad en la Cuba colonial*, Madrid, Alianza Editorial.
- VENEGAS DELGADO, Hernán: *Provincias, regiones y localidades. Historiografía regional cubana*, Caracas, Fondo Editorial Tropykos 1993.
- VERA, Ana: (1996) *Raíz familiar*, Habana, Editorial Letras Cubanas.
- VICTORI RAMOS, María del Carmen, María AGUIAR y Ana VERA: (1996) «Aproximación a una regionalización del discurso tradicional cubano» (En proceso editorial).
- VIZCAINO, Lilian: (1997) «Aproximación al proceso de conformación histórica de la región habanera (1519-1899)». Instituto de Historia de Cuba. Informe de investigación.
- ZUAZNÁBAR, Ismael: *La economía cubana en la década del 50*, Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

³² Sobre este aspecto se recomienda la lectura del capítulo de Paul Thompson en *La voz del pasado*, Valencia, Eds. Alfonso el Magnánimo, 1988, p. 171-188.

Anexo 1

Resumen de los datos socio-demográficos de los entrevistados

	mujeres	hombres
Según raza		
blanca	12	4
negra	4	—
mestiza	1	—
Según estado civil		
soltero	5	1
casado	8	3
unido	4	—
Según escolaridad		
primaria	6	—
secundaria	2	3
universitaria	2	1
otra	4	—
ninguna	3	—
Según año de nacimiento		
1901-1910	6	—
1911-1920	5	—
1921-1930	4	2
1931-1940	—	1
1941-1950	2	—
Desconocida	—	1

Anexo 2

Pertenencia clasista de los entrevistados

Id.	Sex.	Col.	Oficio	Tipo unión	Cant hijos	Tipo fam.	Jefe núc.
ACOMODADOS							
6	F	B	MAESTRA	SOLT	—	NU	M
14	F	B	ENFERMERA	R/C	1	NU	M
15	F	B	A. DE CASA	R/C	—	NU	M
18	M	B	CARPINT.	R/C	2	E	F
19	F	B	MAESTRA	SOLT	—	NU	M
21	M	B	ABOGADO	R/C	3	E	M
GRUPO MEDIO							
1	F	B	PROFESORA	C	2	E	F
2	M	B	OFICIN.	SOLT	—	E	F
4	F	B	DIRIGENTE	R/C	1	NU	M
5	F	B	MAESTRA	R/C	1	E	M
9	F	B	COSTUR.	SOLT	—	E	F
16	M	B	CHOFER	R/C	2	NU	M
POBRES							
3	F	N	PROFES.	SOLT	—	NU	M
7	F	B	A. DE CASA	C	3	NU	M
8	F	B	DOMEST.	C	—	E	M
10	F	ME	OBRERA	U	4	E	F
11	F	N	DOMEST.	U	3	E	F
12	F	N	LAVAND.	U	5	E	F
13	F	B	DESPALILL.	C	3	NU	M
17	F	B	OBRERA	SOLT	—	I	F
20	F	N	DOMEST.	U	—	E	M

Leyenda:

F = FEMENINO

B = BLANCO

ME = MESTIZO

CARPINT. = CARPINTERO

COSTUR. = COSTURERA

DOMEST. = DOMESTICA

DESPALILL. = DESPALILLADORA

R/C = RELIGIOSO Y CIVIL

NU = NUCLEAR

M = MASCULINO

N = NEGRO

A. DE CASA = AMA DE CASA

OFICIN. = OFICINISTA

PROFES. = PROFESOR

LAVAND. = LAVANDERA

SOLT. = SOLTERO

C = CIVIL

Anexo 3

Precios y consumo de alimentos por persona/semana
(Calculados)

Concepto	Cons/semana	Precio/libra	Precio real
ARROZ	1 1/2 lb	4-17 ctvs	6-25 ctvs
FRIJOLES	1 lb	6-12 ctvs	6-12 ctvs
VIANDAS	3 1/2 lb	1-7 ctvs	4-25 ctvs
BISTE RES	3/4 lb	12-16 ctvs	9-12 ctvs
PICADILLO	1/2 lb	12-16 ctvs	6-8 ctvs
POLLO	1 lb	55 ctvs	55 ctvs
MANTECA	1/4 lb	26 ctvs	7 ctvs
HUEVO	2 un	3 ctvs	6 ctvs

Presupuesto para la alimentación de una persona/semana:

	mínimo	máximo
almuerzo y comida (sem.)	44 ctvs	1,50 pesos
almuerzo y comida (mes)	2,20 pesos	6,75 pesos
1 familia de 4 personas	8 pesos	27 pesos

Abreviaturas utilizadas:

lb = libra cons = consumo ctvs = centavos un = unidades sem = semana

(Se calculó 1 mes = 4 semanas y media)